

terrado, y allí le degollaron, y con él á sus dos santos compañeros. Tomaron su cabeza los sayones, que se la habian cortado, y lleváronla á Pilato: el cual, por dar contento á los Judíos, la mandó poner en la puerta de la ciudad. Arrojárónla despues en un muladar, y guardóla Dios de todo mal olor y corrupcion: y para honrar mas al santo soldado, que habia derramado la sangre por su amor, hizo muchos milagros por ella; entre los cuales se cuenta, que una mujer viuda, pobre y ciega, que tenia un solo hijo que la guiaba, determinó ir á Jerusalem, para suplicar á nuestro Señor que la sanase, y la librase de las calamidades que padecia. Apenas habia entrado en la ciudad, quando se le murió el hijo, y quedó del todo desamparada, y en perpetuo llanto; mas estando durmiendo, se le apareció S. Longinos, como quien la consolaba, y declaraba lo mucho que Cristo habia padecido por nuestros pecados, y que él habia peleado por él, y con su gracia vencido; y sido coronado de corona de martirio; y mandóle que buscasse su cabeza, que estaba cubierta de estiércol y basura; porque en tocándola, cobraría la vista de los ojos: y mas le dijo, que él le traeria á su hijo, para que le viese, y alegraria y serenaria su corazon. Como lo dijo el Santo, así lo hizo; porque la mujer, en despertando, animada con la vision que habia tenido, se fué al lugar que el Santo le habia señalado, y sacó la sagrada cabeza del muladar, en que estaba arrojada; y luego cobró la vista del cuerpo, y mucho mas la del alma: y la noche siguiente le apareció Longinos, que le traia á su hijo vestido de una maravillosa y celestial claridad, y díjole: Mira, que no llores, ni pienses que son desdichados y miserables, los que están coronados de gloria, y perpetuamente alaban y glorifican al Señor. Toma mi cabeza, y entiérrala con el cuerpo de tu hijo en una misma arca, y alaba al Señor en sus Santos, porque esta es su voluntad: y dichas estas palabras, desapareció aquella vision; y la buena mujer tomando la sagrada cabeza con gran reverencia, y el cuerpo de su hijo, la colocó honorificamente en una aldea, que se llama Sandial, y era el lugar donde Longinos habia nacido. De S. Longinos hacen mencion el Martirologio romano, y el de Isnardo á los 15 de marzo: y el romano dice, que fué el soldado que con la lanza abrió el costado del Salvador ya muerto, del cual salió sangre y agua: y comunmente se dice, que este soldado se llamaba Longinos; y así lo dice S. Agustin, en cuya iglesia en Roma se entiende que está el cuerpo de S. Longinos, como lo dice el cardenal Baronio, en las Anotaciones del Martirologio romano, á 15 de marzo.

## SANTA MADRONA, VIRGEN Y MÁRTIR.

LA gloriosa Sta. Madrona fué griega de nacion, natural de Tesalónica, ciudad importante del reino de Macedonia. Siendo de tierna edad murieron sus padres, y recibióla bajo su tutela un tio suyo, muy rico y poderoso. Sabedor éste de los gloriosos triunfos que los cristianos alcanzaban en aquellas partes contra los infieles, tomó su hacienda, y fué con su sobrina Madrona á Roma. En esta ciudad, aunque entonces era toda de gentiles, no faltaban con todo muchísimos cristianos ocultos, que vivian en diferentes cuevas apartadas por temor de los infieles, donde alababan el santísimo nombre de Cristo nuestro Señor. Inspirada la santa doncella por el Espíritu Santo, y teniendo noticia de aquellos santos cristianos, sin temer las amenazas de su tio frecuentaba dichas cuevas, y se consolaba con ellos.

Aquellos siervos de Dios la instruyeron en la fe, explicándole las santas Escrituras y la gloriosa pasion y muerte que padeció por nosotros en la cruz. Escuchaba la Santa con mucha atencion aquellas lecciones, y encendida en el amor de Dios, pidióles con grande instancia una imágen de Cristo como la que ellos tenian, para llevarla siempre consigo con aquella devocion y amor que para semejante prenda se requeria. Condescendieron ellos á la devocion de la santa doncella, haciendo lo que les pedia; y así llevaba siempre consigo la santa imágen del Crucificado con mucha devocion, motivo por el cual la representan con un crucifijo en la mano derecha.

Habiendo regresado á la ciudad de Tesalónica, entró á servir de criada á una señora viuda muy rica llamada Plantilla, pero judía, que odiaba de muerte á los cristianos. La santa doncella teniendo oportunidad, se iba á la iglesia, donde bendecia y alababa á Cristo nuestro Señor. Entendiendo esto la viuda, mandó traerla á su casa, y atada á un banco la azotó cruelmente, dejándola así un dia y una noche sin desatarla. Pero vino un ángel que la desató, y condujo á la iglesia sin abrir puerta alguna, por lo cual dió Madrona infinitas gracias á Dios.

Noticiosa de esto su señora volvióla á su casa, y atada otra vez al mismo banco, le dió muy mayores azotes con inaudita crueldad, dejándola atada por espacio de tres dias sin comer. Acudió segunda vez el mismo ángel, y librándola, y dejando las puertas cerradas como la vez primera, la llevó á su iglesia.

Viendo esto Plantilla, tornóla á su casa con una furia infer-

nal, y repitió los azotes con fiereza tal, que le quitó la vida, dando la santa doncella el espíritu á su Criador.

Aconteció su martirio á 15 de marzo, y segun conjeturas cerca el año de 300, imperando Diocleciano y Maximiliano: los Tesalonicenses sepultaron el santo cuerpo con mucha veneracion.

Pasados algunos centenares de años ciertos eristianos franceses solicitaron de los de Tesalónica, que les diesen el cuerpo de Sta. Madrona, los cuales accedieron fácilmente á la demanda. Tomaron la santa prenda y la embarcaron; pero apenas comenzaron á navegar, cuando cubrióse luego el cielo de nubes muy negras, y con gran furia descargó truenos, relámpagos y piedra de tal suerte, que desconfiando los marineros del auxilio y favor humano, acudieron muy de veras á Dios, poniendo por intercesora á Sta. Madrona, cuyas preciosas reliquias llevaban. Seguía sin embargo la tempestad; hasta que por fin vino á parar la nave á las costas de Cataluña frente de la montaña de Monjuich, junto á la ciudad de Barcelona; y como allí arreciase aun mas y mas la tormenta, se decidieron los marineros á dejar el cuerpo de Sta. Madrona en una iglesia que en la dicha montaña se descubria. En el mismo instante que hubieron esto determinado, cesó la borrasca y se apaciguó el mar; y sacando entónces el precioso cuerpo de la embarcacion, fué depositado por la misma tripulacion en la indicada iglesia, y en adelante ha sido Sta. Madrona la patrona de la comarca y de los Barceloneses, y la intercesora á quien se acude especialmente en tiempo de seca.

Posteriormente á causa de las guerras y diferentes vicisitudes políticas, que sucesivamente han agitado nuestro suelo, veíase colocada en un rico nicho en el altar mayor de la nueva iglesia de PP. Capuchinos, concluida en el año de 1830; la preciosa urna que encierra el cuerpo de Sta. Madrona, y que actualmente se venera en la iglesia parroquial de S. Jaime de Barcelona, erigida en la que fué de Trinitarios calzados de la misma.

#### SANTA LUCRECIA Ó LEOCRICIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

**A**QUEL gran Dios que con su admirable providencia hace que nazca la hermosa rosa entre las punzantes espinas, sin que la lesionen éstas, hizo que naciese en Córdoba la ilustre vírgen Lucrecia entre los abrojos de la secta de Mahoma, sin que lastimasen éstos la hermosura de este primoroso fruto de la divina gracia, no obstante que su origen fué de una raíz infecta. Eran sus padres agarenos, ciegos partidarios de la ley del falso profeta Mahoma, que fué causa de la perdicion de tanta multitud

de gentes; y aunque pusieron el mayor cuidado en instruir á su hija en su religion, ilustrado el entendimiento de Lucrecia superiormente luego que se despertó en ella la luz de la razon; no se dejó preocupar de los clásicos embustes del Alcoran. Tenia la noble niña una parienta cristiana llamada Liciosa ó Eliciosa, á la que visitaba con mucha frecuencia, atraída del buen olor de sus virtudes: y advirtiéndole ésta las bellas disposiciones de Lucrecia, deseosa de que no se malograsen los singulares talentos con que la dotó el cielo, la instruyó en las infalibles verdades de nuestra santa fe, é hizo que se bautizase secretamente.

Supo Lucrecia ocultar en sus primeros años con ingeniosas industrias su fe; pero habiendo llegado á su juventud, creyó que no debía disimular por mas tiempo la religion que profesaba, y con efecto dió de ella pruebas auténticas. Sintieron sus padres en el alma tan inesperada novedad, y valiéndose de halagos, de caricias, y de promesas para separarla de Jesucristo, viendo que de nada aprovechaban estos medios, echaron mano del rigor. Descargaron sobre la inocente vírgen un sin número de injurias, de fieros golpes, de cruellísimos azotes, y usaron con ella cuantos géneros de crueldades pudo discurrir la barbaridad mas obstinada. Sufrió Lucrecia con indecible paciencia todo este tropel de excesos, que apenas le dejaban un instante para respirar, y manteniéndose siempre constante en su fe, suplicaba al Señor bañada en tierno llanto, que le concediese algun alivio entre tantas penas, como las que padecía por su amor. Oyó Dios con agrado los reverentes ruegos de su sierva, y le inspiró el pensamiento de que se valiese de S. Eulogio, que era el padre, y el protector de los cristianos. Hizolo la ilustre vírgen, dándole aviso del conflicto en que se hallaba, rogándole encarecidamente que la refugiase en algun lugar seguro, donde pudiera emplearse libremente en los santos ejercicios, que prescribe nuestra santa religion: y como el santo doctor era tan diestro en esta clase de negocios, la dió el consejo, que disimulase para con sus padres el ardor que manifestaba por la fe, hasta que tuviese proporcion de huir de tan crueles perseguidores. Fingió Lucrecia en el esterior que deseaba complacerlos, en virtud de lo cual cesaron en molestarla. En este estado pretestó cierto dia, que tendria especial gusto de asistir á los desposorios de unos parientes, y dándole sus padres permiso para que concurriese á la funcion, se refugió en casa de S. Eulogio, que cuidó de ocultarla entre los cristianos de su confianza.

Luego que los padres de Lucrecia la echaron menos, recelándose el motivo de su fuga, hicieron en busca suya las mas esquisitas

diligencias, y aun obtuvieron facultad del juez árabe para afligir, y para prender á todas aquellas personas, de quienes pudiesen tener sospecha que la ocultarian. Ejecutaron los bárbaros muchas tropelías con los cristianos, y mientras tanto mudaba á la ilustre virgen S. Eulogio de una á otra parte en el silencio de la noche, para que no cayese aquella inocente oveja en manos de los mas sangrientos lobos. Además de esto pasaba el santo doctor las noches enteras en la iglesia de S. Zoilo, pidiendo á Dios con fervorosas oraciones, que diese fortaleza á Lucrecia para triunfar de sus enemigos: la cual entre tanto se ocupaba en rigurosos ayunos, en continuas vigiliás, y en asombrosas penitencias, todo con el noble objeto de hacerse agradable víctima á los ojos del Señor.

Quiso Lucrecia en este tiempo ver á la hermana de S. Eulogio, una de las ilustres vírgenes consagradas á Dios, que dieron mucho honor á Córdoba con sus eminentes virtudes; y descendiendo en ello el santo doctor, pasó á satisfacer sus deseos. Vino el guarda á la hora acostumbrada á mudarla al lugar destinado; pero detenida con la hermana de su maestro hasta la noche siguiente, pasaron ambas los dos dias en santa conversacion, encendiéndose con ella en el amor de Jesucristo, ansiosas de que llegase la ocasion de manifestarlo así al mundo con públicas y ruidosas pruebas. Pudieron entender los exploradores puestos por sus padres, donde se hallaba Lucrecia, aunque se ignora el conducto por donde se suministró la noticia: dieron parte al juez inmediatamente, y enviando éste una tropa de soldados, para que cercasen la habitacion, prendieron á Lucrecia, y á S. Eulogio. Reconvinó el juez al santo doctor sobre el rapto de aquella noble doncella; pero la concluyente satisfacción que dió en defensa de su amparo á una señora atribulada y afligida, le mereció la corona del martirio. Quiso el árabe pervertir á Lucrecia, ponderándola las comodidades que podia disfrutar en lo mas florido de sus años, rindiéndose á la voluntad de sus padres; mas conociendo el ningun efecto que producian todos los arbitrios de que se valió, para separarla de la fe de Jesucristo, no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho á vista de la constancia de la ilustre virgen, y del heroico desprecio que hacia de todas sus ofertas, mandó que la decapitasen inmediatamente, con la prevencion de que arrojasen su cuerpo al rio, para que los cristianos no pudiesen tributarle la veneracion, que acostumbraban á las reliquias de los mártires. Fueron ejecutadas las órdenes del tirano con la mayor prontitud en el dia 15 de marzo del año 859, pero respetando las aguas

al venerable cadáver, lo presentaron á la orilla: y recogiéndolo los fieles, le dieron sepultura en la iglesia de S. Ginés, sita en el barrio llamado por entonces de los Tercios. Allí se mantuvo hasta el de 884, en el que fueron trasladadas sus reliquias con las de S. Eulogio á la ciudad de Oviedo, donde se colocaron en la capilla de Sta. Leocadia: de la cual las trasfirió en 9 de enero del año 1300 el ilustrísimo obispo de aquella ciudad D. Fernando Alvarez á la cámara santa de la misma santa iglesia, en la que se conservan en una arca de plata de grande estimacion, á escepcion de una reliquia suya que se venera en la de S. Rafael de Córdoba. (*Véase lo que se dice acerca de dicha traslacion el dia 19 de enero, á continuacion del Martirologio.*)

#### SAN MESITON, MÁRTIR.

EN tal dia como hoy celebra la iglesia de Granada la fiesta de S. Mesiton, mártir, como propio de aquel arzobispado. De la vida y martirio de este Santo no consta cosa alguna, y así todo el oficio de su festividad es del comun de un mártir.

#### LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

PUESTO que la muerte no rompe del todo los lazos que unen entre sí á los verdaderos fieles, tampoco debe disminuir ni debilitar la caridad que debe reinar entre ellos. Siendo ciudadanos de una misma patria, miembros de un mismo cuerpo, hijos de una misma Iglesia; ¿qué auxilios, qué socorros es razon que recíprocamente se presten? ¿y qué no podrán esperar los fieles difuntos de los que quedaron vivos?

El ser escogidos de Dios, el ser ciudadanos de la corte celestial, el ser coherederos de Jesucristo, el ser predestinados á la gloria, los hace dignos de nuestra estimacion. Muchos de ellos son nuestros parientes: y la triste cárcel en que están aprisionados, el lamentable estado á que se hallan reducidos, los terribles tormentos que padecen, todo esto merece bien nuestra compasion. En la mano tenemos con que aliviarlos, con que librarlos de aquellas penas, y con que granjearnos al mismo tiempo unos poderosos amigos para con Dios. ¡Qué crueldad será olvidarlos! ¡Qué insensibilidad mas contraria á nuestros propios intereses! ¡Qué insensibilidad mas irregular, mas asombrosa!

*Habiendo recogido Judas Macabeo (dice la Escritura, 2. Mach. 12.) dos mil dracmas de una colecta que mandó hacer, las envió á Jerusalem para que se hiciese un sacrificio de espacion*

por las almas de los difuntos, teniendo buenos y piadosos dictámenes acerca de la resurreccion. Porque si no tuviera esperanza (añade el sagrado texto) de que los que habian muerto habian de resucitar algun dia, tendria por cosa vana y superflua el hacer oracion por ellos; y así consideraba que estaba reservada una gran misericordia á los que habian muerto en piedad. Por lo cual (concluye el Espiritu Santo) es santo y saludable pensamiento rogar á Dios por los difuntos, para que los libre de las penas que padecen por sus pecados. Eso es lo que quiere decir, *ut à peccatis solvantur*; porque en la Sagrada Escritura se da frecuentemente el nombre de pecado á la pena que le corresponde.

Este lugar de la Escritura autoriza tan formalmente la doctrina de la Iglesia tocante á las oraciones que se hacen por los difuntos, que los herejes de estos últimos tiempos, no pudiendo eludir el sentido de un texto tan claro, y tan concluyente, tomaron el partido de negarle la autoridad, no admitiendo entre los libros canónicos el Libro de los Macabeos, contra el comun sentir de los Santos Padres griegos y latinos, y contra la autoridad de los concilios. A tales extremos se ven reducidos los que una vez llegaron á perder la fe.

En todos tiempos, y en todos siglos acostumbó la Iglesia hacer oracion por aquellos hijos suyos que habian muerto en su comunión. Las oraciones que hacia en honor de los santos mártires, y de los santos confesores, eran de alabanzas, y de accion de gracias al Señor en honra de aquellos que la habian edificado con su vida, y con su muerte: las que ofrecia á Dios por los demás eran por modo de sufragio, sin escluir de este caritativo cuidado mas que á los escomulgados, como á separados de su gremio.

En la oracion fúnebre que S. Gregorio Nazianceno pronunció por su hermano S. Cesareo, dice que espera repetir todos los años aquellas honras, renovando en el altar la memoria del difunto, y ofreciendo por él el santo sacrificio. Despues volviéndose al mismo difunto, como si le tuviera presente, dirigiéndole la palabra, le dice: *Utinam cælos penetres, atque in Abraham sinu quicumque tandem ille est conquiescas, et Angelorum choream, ac beatorum virorum gloriam et splendorem spectes.* ¡O quiera Dios, que penetres hasta la feliz mansion de los bienaventurados, y que tengas parte en aquella gloria de los Angeles, que gozan dichosamente los Santos! ¡Qué eficazmente confunden estos piadosos deseos, estas ardientes palabras de un Santo tan grande los groseros errores, y los lastimosos desca-

minos de los enemigos de Jesucristo, y de su Iglesia en este artículo de nuestra fe!

Pero si el rogar á Dios por los difuntos es costumbre tan antigua en la Iglesia, que nació con ella; si esta oracion es tan provechosa á aquellos por quienes se hace, como á los mismos que la hacen; si no solamente es acto de religion, sino especie de justicia; si es una caridad tan racional, y en que tanto interesamos; ¿cómo se puede olvidar una obligacion tan justa? ¿Cómo es posible desentendernos de un acto de virtud de esta consecuencia?

¡Qué crueldad estar viendo á su padre en una hoguera, y estarle viendo sin compasion! ¡Qué inhumanidad reir y divertirse, mientras el hermano, mientras la hermana, mientras la madre están padeciendo horribles tormentos, de que con facilidad pudieras librarlos, ó á lo menos disminuirlos! ¡Qué barbaridad no querer solicitarlos ni aun el mas mínimo alivio! Un ayuno, una limosna de esos mismos bienes que ellos te dejaron, y que estás disipando en tus diversiones, endulzarian aquellos tormentos, mitigarian aquellas llamas, romperian quizá aquellas prisiones, y pondrian en libertad aquellas almas, adquiriéndote á tí grandes amigos, y poderosos protectores en el cielo. Ciertamente la indiferencia, el olvido que se tiene de aquellas santas almas, no puede nacer sino, ó de una gran falta de fe, ó de una bárbara dureza.

Acuérdate que con la medida con que midieres, con esa serás medido, como dice el Salvador (*Luc. 6.*); y que no solo permitirá Dios que tus hijos, que tus amigos, que tus herederos se olviden de tí despues de tu muerte, sino que las misas, las oraciones, las limosnas que se ofrecieren por tí, acaso las aplicará su Majestad á otros que mientras vivieron tuvieron mas caridad que tú con las ánimas del purgatorio.

Porque ¿quién se podrá prometer que satisfará tan abundantemente á la justicia de Dios en este mundo, que nada le quede por satisfacer en el otro? No hay que lisonjearse, dice S. Pedro Damiano, si despues de haber pecado gravemente encuentras con un confesor demasadamente blando, ó ignorante, que te impone una ligerisima penitencia, como si ya hubieras satisfecho enteramente por tus culpas; pues hasta las mas mínimas faltas es menester que queden perfectamente espiadas en aquel fuego que está destinado para purificar las almas: porque pidiendo el Señor no como quiera frutos, sino *frutos dignos de penitencia*, el que es deudor á su justicia, le ha de pagar hasta el último maravedí: *Nec tibi blandiaris, si graviter peccanti, levior pani-*

*tentia, vel à nesciente, vel à dissimulante indicetur; cum in purgatoris ignibus perficiendum sit quicquid hic minus feceris, quia dignos penitentiae fructus querit Altissimus.*

Por el extremo rigor del soberano Juez, que detiene en la cárcel al deudor mientras no pague hasta el último maravedí, entendemos, dice Tertuliano, la grande severidad de la justicia divina, que castiga rigurosamente en la otra vida todos los defectos que se escaparon en esta aun á la conciencia mas delicada, y mas escrupulosa: *Novissimum quadrantem, modicum delictum illic luendum interpretatur, donec in nullo rea deprehendatur bona vita.* Esto obligaba á S. Agustin á exclamar: Señor, purificadme en esta vida, de manera que no tenga necesidad de que el fuego me purifique en la otra: *Talem me reddas, cui jam emendatore igne non opus sit.*

Es medio muy eficaz para merecer algun dia la gracia, y la misericordia de nuestro soberano Dueño el hacerla nosotros ahora con aquellas almas que están padeciendo tan graves penas, de las que tan fácilmente las podemos aliviar. ¿Tememos acaso que no agradezcan mas que medianamente nuestra caridad, ó que acaso nos olviden cuando las hayamos menester? Entremos en el espíritu de la santa Madre Iglesia, que tantas veces ofrece por los difuntos el sacrificio de la misa, y todos los dias hace alguna oracion por ellos. Acompañemos con alguna mortificacion, con alguna limosna todas las que nosotros hiciéremos, y acordémonos que si Jesucristo recibe, como si se hiciera á su misma persona, todo lo que se hace por el mas mínimo de sus siervos; ¡con qué ojos mirará lo que se haga por aquellas almas santas, que son esposas suyas, y que, por decirlo así, han de componer eternamente su corte!

*La Misa es la cotidiana por los difuntos, y la oracion es la siguiente:*

O Dios, criador y redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de tí. Que vives y reinas, etc.

*La Epistola es del cap. 14 del Apocalipsi.*

En aquellos dias: Oí una voz del cielo, que me decia: Escri-

be: bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde

ahora, les dice el Espiritu, que que sus obras los acompañan. descansen de sus trabajos; por-

### REFLEXIONES.

*Beati mortui qui in Domino moriuntur:* Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. ¡Qué poco conocida es en el mundo esta verdad! ¡qué poco practicado este lenguaje! Dichoso el que vive con esplendor y con abundancia; dichoso el que logra el favor del príncipe; dichoso aquel á quien el nacimiento ilustre, las prosperidades largas y no interrumpidas, la multitud de amigos poderosos, la abundancia de bienes y de riquezas, una fortuna siempre risueña, una robusta y prolongada salud crian en el regalo y en las delicias, haciéndole objeto de envidia á muchos, y siendo el modelo de la felicidad humana. Esto es lo que piensa, y de esta manera habla el espíritu del mundo. Segun este sistema, mira con una especie de lástima á la virtud, y á la modestia de los buenos: su muerte la parece deslucida y sin honor, y su vida una locura verdadera. Pero de muy diferente manera juzga y habla el Espíritu Santo. Dichosos los muertos que mueren en el Señor: dichosos los que no se dejaron deslumbrar de las falsas brillantesces del mundo, ni se embriagaron de sus perniciosos placeres. Dichosos los que gustando las máximas de Jesucristo, y colocando toda su gloria en servirle, no pensaron mas que en agradarle. Dichosos los que contando por poco ó reputando por nada todo lo que lisonjea, todo lo que encanta en el mundo, solo se dedicaron á fabricarse una fortuna mas sólida, mas estable; solo se aplicaron á atesorar riquezas para el cielo, donde no hay polilla que consuma, ni gusano que roa, ni ladrón que robe. Dichoso en fin, el que termina una vida inocente y cristiana con una santa muerte. Pregunto: ¿hay algun sofisma en este discurso? ¿Hay mas brillantez que solidez en estos pensamientos? ¿Es por ventura una felicidad imaginaria, ó á lo menos poco apetecible, poco sólida la de morir en el Señor con la muerte de los Santos? Conócese que toda otra fortuna, que toda otra felicidad es quimérica. ¿Pero qué se concluye de todas estas verdades? ¿Qué fruto se saca de estas reflexiones? Se alaba la prudencia de los Santos; se exalta la dicha de los Santos; se envidia la felicidad de los Santos. A esto se reduce todo; ¿y los que leyeren esto, se contentarán con discurrir especulativamente de esta manera?

*El Evangelio es del cap 6. de S. Juan.*

En aquel tiempo dijo Jesús á la muchedumbre de los Judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los Judíos, y decían: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? Y Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

## MEDITACION.

*De los remordimientos del pecador á la hora de la muerte.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que aunque son crueles los espantos, y aunque sean agudísimos los dolores que se sienten á la hora de la muerte, ninguna cosa atormenta tanto al pecador como los vivísimos remordimientos que despedazan su conciencia en aquella hora.

Durante la vida está la fe medio apagada en la mayor parte de los cristianos, especialmente en los disolutos. Créese, esto es, no se incurre en errores de manera que se merezca el nombre de infiel; pero se cree tan débil, tan lánguidamente, que apenas se merece el nombre de cristiano.

En la muerte todas las falsas preocupaciones se disipan; todas las vehementes pasiones se amortiguan; avivase la fe, y hace que se vean las verdades mas terribles con tanta claridad que no es posible dudar de ellas. ¡Mas, ó Dios, qué remordimientos, qué espantos nacen de estas clarísimas luces!

Entonces se conoce, se palpa sensiblemente para qué fin nos crió Dios en este mundo. Dios solo, si, solo Dios debia ser el objeto de mi amor y de mi culto. ¡Qué dolor haber servido á todos los demás amos, haber amado todos los demás objetos, haber seguido todas las demás guías!

No me faltaron impulsos, no me faltaron motivos para cumplir con mi obligacion: mi misma razon me estaba dictando con la mayor claridad lo que debia hacer: hallaba la paz en mi buena conciencia; encontraba la quietud y mi propio interés en el cumplimiento de mis obligaciones. ¡Qué consuelo seria ahora el

mio si hubiera pasado la vida en servicio de tan buen amo! ¡Ah! ¡y cuantos eficaces movimientos! ¡cuantas vivísimas inspiraciones tuve para hacerlo! pero no me dió la gana de servirle. Miré muy á sangre fria á mi Dios espirando por mi amor en una afrentosa cruz: todos sus beneficios no fueron bastantes á vencer mi indiferencia: no me dió gana de amarle: *Et ecce morior*, y yo me muero.

¿Habia en el mundo cosa que pudiese entrar en competencia con un Dios? ¿Tenia yo por ventura dos amos á quien servir? Y dado caso que los tuviese, ¿á cual de los dos debia dar la preferencia? Muy desdichado es aquel á quien no basta todo un Dios. Yo soy este desdichado, porque se me antojó serlo: *Et ecce morior*, y yo me muero.

¿Pero en servicio de quién pasé los dias de mi vida? ¿Qué provecho saqué de haber servido al mundo? Pesadumbres infinitas, penas continuas, sudores inútiles, servidumbre cruel, yugo insoportable, vida gastada y perdida en amargura. Y de todo esto ¿qué recompensa? Remordimientos desesperados, muerte espantosa, eternidad infeliz. ¡Ah mi Dios! todo eso es verdad: ¡y hay pecadores en el mundo!

PUNTO SEGUNDO. — Considera qué dolor se sentirá cuando se conozca que todo lo que nos espantó, todo lo que nos disgustó en servicio de Dios fué un fantasma: fueron los respetos humanos, cuya vanidad, cuya ridiculez se verán entonces clarísimamente: fué la aprehension del trabajo. ¿Pero ignoraba yo que Jesucristo asegura que su yugo es suave, y que es ligera su carga? Ahora conozco que he padecido mucho mas viviendo licenciosamente, que lo que jamás hubiera padecido viviendo cristiana y ajustadamente. Veo mi brutalidad, me seco de dolor; mas ya no es tiempo de enmendar mi yerro: *Ecce morior*, yo me muero.

Descuidé totalmente de mi salvacion. Los negocios temporales, las partidas de diversion, el juego, los espectáculos se sobrieron todo mi tiempo. Amontone grandes riquezas; ¿mas para quién? Yo me divertí: yo pequé: *Et ecce morior*, yo me muero, y me muero sin haber hecho penitencia: me muero, y voy á ser condenado al fuego eterno; condenado á padecer por toda la eternidad todos los tormentos unidos. ¡O qué dolor! ¡O qué desesperacion!

Movido de la leccion de aquel libro espiritual, atemorizado con aquel accidente funesto, convencido y desengañado con estas reflexiones tan verdaderas y tan concluyentes, estimulado

aun mucho mas por la divina gracia, habia resuelto convertirme, y aun tenia ya formado el plan de mi conversion. ¿Quién me estorbó ejecutarle? Aquel amigo, aquellos compañeros disolutos, el mal ejemplo, el vano temor de que me tuviesen por devoto. ¡Y por amor de aquel amigo, de aquel disoluto, de aquel aturdido, yo me he condenado! ¿Quién podrá comprender el rigor de esta amargura, de esta desesperacion, de esta rabia?

Desdichadas honras, que tanto me deslumbrasteis; infelices adornos, que me costasteis tanto; amargos placeres, que tanto me hicisteis gemir; alegrías mundanas, seguidas de tantas lágrimas; ¿cuantas veces os condené yo? ¿Y por qué no procedería segun mis propios sentimientos?

¡O si hubiera yo seguido el ejemplo de aquel virtuoso conocido mio, que no aguardó á la muerte para convertirse! ¡O si á lo menos me hubiera convertido un año ha, seis meses ha, cuando tanto me espanté leyendo estas verdades terribles! Pude hacerlo; nada era entonces mas fácil para mí: no me dió la gana: *Et ecce morior*, y ahora me muero con este dolor.

¡Mi Dios! ¡qué arrepentimiento tan desesperado es un arrepentimiento inútil! ¡qué tormento tan terrible hallarse cargado de culpas, cuando se va á comparecer delante de vos! Si á lo menos se tuviera el consuelo de poder atribuir su desgracia, sus desaciertos á alguna persona estraña, á alguna causa forastera; pero se vé, se palpa sensiblemente que cada uno es el único artífice de su perdicion; se vé, y eternamente se verá, que cada uno se perdió por haber preferido una miserable libertad y desahogo de pocos dias á una felicidad llena, eterna, y que sacia al alma sin fastidio.

Dulce Jesus mio, que me dais gracia para hacer todas estas reflexiones, no permitais que algun dia me sirvan de materia á nuevos remordimientos. Bien sé que el modo de cegar el manantial de ellos, es convertirme al instante: asistidme, Señor, con vuestra divina gracia, para que lo ejecute sin diferirlo ni un solo momento.

JACULATORIAS. — Conservad, Señor, mi corazón en una santa inocencia por la inviolable observancia de vuestros divinos preceptos, para que nunca me falte la esperanza que tengo colocada en vos. (*Psal. 118.*)

Vos, Señor, sois toda mi fortaleza, todo mi consuelo, todo mi refugio, especialmente en el dia de la tribulacion. (*Jerem. 16.*)

## PROPOSITOS.

1 Es santo y saludable pensamiento, dice el Espíritu Santo, hacer oracion por los difuntos, para alcanzar de Dios que los libre de las penas del purgatorio, que padecen por sus pecados. Mira si puede haber devocion mas cristiana, ni mas racional. Tu padre, tu madre son los que se ven atormentados en aquellas penas, y quizá únicamente las padecen por el demasiado amor que te tuvieron; por la ansia de dejarte muchos bienes; por haber atendido á tus intereses con mas calor que el que fuera justo, y acaso á espensas de su propia conciencia. Es un pariente, es un amigo tuyo á quien por ventura indujiste tú con tus palabras; ó con tus malos ejemplos, á cometer las faltas, ó las culpas, por las cuales está penando en el purgatorio. En tu mano tienes los medios para aliviarlos: misas, oraciones, limosnas, buenas obras, todo puede servir para satisfacer por ellos á la divina justicia: tus mismos actos de virtud, cien mortificaciones pequeñas pueden ser á un mismo tiempo meritorias para tí, y satisfactorias para ellas. ¡Qué crueldad será no compadecerte de sus penas, y negarte con dureza á solicitarlas el alivio! Encuéntrase nuestro propio interés en esta obra de caridad; porque ¿qué no podrá esperar de aquellas santas almas una persona que por haber mandado decir una misa, por haber dado una limosna á un pobre vergonzante, por haber visitado á los encarcelados, ó á los enfermos con esta intencion, hubiere adelantado su libertad un solo dia, algunas pocas horas? ¿Olvidarán ellas jamás en la presencia de Dios á su caritativo bienhechor? No se te pase dia alguno sin haber hecho alguna cosa por aquellas santas almas. El sufragio mas poderoso de todos es el santo sacrificio de la misa. Reza hoy el oficio de difuntos, haz algunas obras de caridad, alguna limosna; y examina con diligencia si has cumplido los legados pios, ó si has hecho todas las restitutiones que dejaron encargadas en su testamento aquellos á quienes has heredado. ¡Qué impiedad será alargar su prision y sus tormentos por una injusticia tan torpe!

2 Haz oracion por tus parientes; pero no te olvides de aquellas almas desamparadas, que acaso estarán sepultadas mucho tiempo ha en un profundo olvido. Ofrece por ellas en particular algunas oraciones, algunas buenas obras; y repite algunas veces esta oracion de que usa la Santa Iglesia: *Hostias et preces tibi, Domine, laudis offerimus: tu suscipe pro animabus illis, quarum hodie memoriam facimus: fac eas, Domine, de morte*

*transire ad vitam, quam olim Abrahæ promisisti, et semini ejus.*  
 Aplica por las ánimas del purgatorio todas las oraciones y buenas obras que hoy hicieres; y si no pudieres rezar el oficio de difuntos, haz por ellas alguna otra cosa. El oficio parvo de nuestra Señora, los salmos penitenciales, el rosario, un ayuno, una limosna extraordinaria, todo esto te puede servir á tí de mucho mérito, y á las benditas ánimas de gran sufragio.

## DIA XVI.

## MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE SAN CIRIACO, diácono, en Roma, el cual despues de sufrir largo tiempo el rigor de la prision, bañado con pez derretida y estendido en el potro, le descoyuntaron sus miembros y le golpearon con palos; y por último en compañía de LARGO y ESMARAGDO, y de otros veinte, fué degollado por orden de Maximiano: la festividad de estos santos se celebra el día 8 de agosto, en cuyo día por disposición de S. Marcelo papa fueron recogidos sus cuerpos y sepultados con gran veneración.

EL TRÁNSITO DE SAN HILARIO, obispo, y DE TACIANO, diácono, en Aquileya, los cuales en tiempo del emperador Numeriano, y del presidente Beronio, despues de haber sufrido el potro y otros tormentos, fueron martirizados juntamente con FELIX, LARGO y DIONISIO.

SAN PAPAS, mártir, en Licaonia, el cual por confesar la fe de Cristo fué azotado y descarnado con uñas de hierro, y calzándole zapatos sembrados de puntas de hierro, con ellos le hacian caminar, y últimamente atado á un árbol dió el alma al Señor; y siendo el árbol estéril, dió fruto de allí adelante.

SAN JULIAN, mártir, en Anazarbo en Cilicia, el cual habiendo sido cruelmente atormentado en tiempo del presidente Marciano, lo metieron en un costal lleno de serpientes y lo echaron en el mar. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN AGAPITO, obispo y confesor, en Ravena.

SAN HERIBERTO, obispo, en Colonia, ilustre en santidad. (*Véanse las vidas de este día.*)

EL TRÁNSITO DE SAN PATRICIO, obispo, en Auvergne de Francia.

SAN ABRAHAM, ermitaño, en Siria, cuyos memorables hechos escribió S. Efren, diácono. (*Véase su vida en las de este día.*)

## SAN JULIAN, MÁRTIR.

SAN Julian, uno de los ilustres mártires de Jesucristo, nació en Anazarbo, ciudad de la segunda provincia de Cilicia, hijo de un senador gentil, y de una madre cristiana. Educado



S. JULIAN, M.